

Género, sociedad e historiografía

Dora Barrancos

(UBA/UNQ-CONICET)

Deseo, antes que nada, agradecer profundamente el haberme invitado a abrir este congreso inaugural de la Asociación Latinoamericana e Ibérica de Historia Social – ALIHS - a la que espera una promisoriosa tarea, una intervención decidida para el mejor desempeño de nuestras pasiones por la investigación. Muchísimas gracias a las y los colegas mexicanos por el reconocimiento y muy especialmente por el afecto. Y toda mi gratitud y conmovido homenaje a la gran Maestra Clara Lida, a su inteligencia y sensibilidad, a sus interrogaciones de la Historia que la han puesto entre las más empujadas oficiantes de la disciplina.

Dividiré esta conferencia en dos segmentos, a saber: en primer lugar me referiré a las condiciones del surgimiento de la Historia como disciplina y a la marginación de las oficiantes femeninas, y luego al inicio de la “historia social” con su cuota de anticipación de la historia de las mujeres y de las relaciones de género, en el ejemplo de la destacada historiadora inglesa Eileen Power.

La Historia y sus profesionales en el siglo XIX

Entre las urgencias por otorgar atributos racionales a los saberes, en el ciclo que va desde mediados del XVIII e inicios del XIX se situó, como es bien conocido, el surgimiento de las ciencias sociales y muy particularmente de la Historia, que se independizó de las subordinaciones teológicas. Las explicaciones de los fenómenos históricos debieron argumentarse en el suelo de la *plausibilidad racional* abandonando las apelaciones providencialistas, tan típicas de los análisis históricos “premodernos”, por ejemplo, los del Obispo de Bossuet en su *Discours sur l'Histoire universelle* de fines de 1680. Para nuestro Obispo, la voluntad divina ordenaba los acontecimientos de la Historia y no vacilaba en corroborar este origen en la monarquía francesa, consagrando así la potestad de Luis XIV por encima de la eclesia. No caben dudas del papel político del Obispo encargado de la tutoría intelectual del Delfín para cuya instrucción, se ha sostenido, escribió el famoso tratado.

En el repertorio de las demoliciones que produjo el vasto fenómeno de la modernidad se encuentra la sustitución explicativa *providencial* por la inteligibilidad racional. Desde luego, se manifestaron fisuras y no faltaron los puntos de fuga – hubo escisiones “mentales” en los nuevos científicos, entre lo que “creían en el más allá” de modo privado y los límites a la religiosidad que impusieron a sus labores, y basta pensar en los sentimientos encontrados que acompañaron a la figura que más revolucionó el conocimiento con sus tesis sobre el evolucionismo, Charles Darwin¹. Pero más allá de las circunstancias individuales acerca del crédito en lo sobrenatural, el movimiento científico siguió una orientación desacralizada. Para Max Weber, la “división de esferas” – la separación de la moral de la filosofía, del conocimiento científico de la religión -fue uno de los acontecimientos clave de las nuevas circunstancias de racionalidad producidas por el flujo de la modernidad². Gastón Bachelard – el reconocido epistemólogo de mediados del XX – sostenía que el estatuto científico del conocimiento era inhallable antes del siglo XVIII, y subrayaba que lo que ahora llamamos *ciencia* encontraba su verdadero nacimiento en ese siglo debido a la liberación de los conceptos de ataduras irracionales³.

No redundaré en señalamientos bien conocidos acerca del encantamiento que produjo la física, a quien en buena medida copió la biología, y concomitantemente, las nuevas ciencias sociales. Cuando Augusto Comte desarrolló sus tesis acerca de la “mecánica social”, conjunto al que impuso el nombre de Sociología⁴, se basó en el sistema epistemológico de la física que se presentaba como regente en materia de evidencia empírica, conmensurabilidad y objetividad. Tal vez de manera anticipada al nuevo saber sociológico, la disciplina histórica debía espejar estos atributos, de modo tal que sus problemas se constituyeron en torno de *hechos*, con la misma sustancialidad -cuasi material- de los fenómenos que podían ser experimentados, con la singular

¹ Ver especialmente David Knigh *The Age of Science: The Scientific World-View in the Nineteenth Century*. Blackwell, 1986

² Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: FCE, 1993

³ Gastón Bachelard, *El nuevo espíritu científico*. México: Editorial Nueva Imagen, 1981

⁴ Augusto Comte, *Discurso sobre el espíritu positivo*. Buenos Aires: Aguilar, 1965.

diferencia de que era imposible probar en laboratorios la relación entre fenómenos suscitados por la interacción humana del pasado.

Resulta moneda corriente reconocer a Leopoldo Von Ranke como el protagonista principal de la transformación de la Historia en disciplina, aunque es necesario reconocer al menos tres acontecimientos de gran significado en su vida. En primer lugar, el impacto que le produjo (y también ocurrió con su generación) la narrativa novelística de Walter Scott – el contagio irreprímible con una saga épica que empleaba fuentes documentales-, en segundo lugar, el influjo de las lecciones que absorbió del conspicuo político e historiador Barthold George Neibhur – tal vez el verdadero propulsor de la historia “cientificada”-, y en tercer lugar, su casamiento a los 48 años (una edad considerada muy madura en la época) con la rica y noble irlandesa Clarissa Graves Perceval. Este casamiento le permitió un ascenso económico notable y años más tarde la adquisición de un título nobiliario. Como ha sostenido Gisela Bock: “(Rank) ha pasado a la historia no sólo como uno de los historiadores más importantes, sino como uno de los más ricos”⁵. En la vida de Rank y de la naciente historia “científica” de la que fue protagonista principal, contaron los acontecimientos “del lado de afuera” mucho más que los atributos personales. En efecto, el contexto social y político fue decisivo en el surgimiento de la Historia. Resultan centrales las nuevas relaciones de clase a raíz de la primacía obtenida por el capitalismo y los efectos de la revolución industrial, cauces de las nuevas orientaciones civilistas burguesas como de la relativa independencia que ganó el estatuto victorioso de la “ciencia normal”⁶. Estas transformaciones ocurrieron junto con un fenómeno estructural que se ligó fuertemente a los pertrechos de clase, y me refiero al fortalecimiento del orden patriarcal que exhibió en el siglo XIX un vigor y una extensión como no había ocurrido antes. Demorémonos un tanto en auscultarlo.

Los abordajes feministas han empujado la hipótesis del nacimiento del patriarcado coincidiendo con el proceso de complejización de las sociedades primitivas en el largo ciclo de la “revolución agrícola”, ocurrida en el neolítico, y que condujo a

⁵ Gisela Bock, “La Historia de las mujeres y la Historia del género: aspectos de un debate internacional”, en *Historia Social*, nº9, 1991 – pp 55-77. P. 75

⁶ El término “ciencia normal” se utiliza para dar cuenta de las formas estandarizadas de la ciencia, y se refiere a sus conformaciones “usuales y repetitivas”. Ver especialmente Thomas Khun, “La estructura de las revoluciones científicas”. México: FCE, 1971; Sandra Harding, “Ciencia y feminismo. Madrid: Morata, 1996

una lenta adaptación de las mujeres para cubrir la retaguardia doméstica, atendiendo cultivos y prole. El sistema patriarcal, como es bien sabido, significó una densa configuración material y simbólica de subordinación de las mujeres que encontró mayor articulación con el régimen de propiedad privada. Pero el dominio masculino no se hizo sentir ineluctablemente de la misma manera en todos los rincones de nuestro planeta y, menos aún, permaneció inalterable a lo largo de los tiempos. El siglo XIX representa una época crucial en el que el triunfo de la materialidad, las sensibilidades y los sentimientos burgueses produjeron un refuerzo de las formas patriarcales de la interacción humana, con tal eficacia que terminaron invadiendo las relaciones entre los sexos de todos los segmentos sociales⁷. La “ciencia normal” que avanzó, tal como he señalado, extraordinariamente durante aquel siglo, si por un lado absorbió el imaginario patriarcal, por otro contribuyó de manera terminante a ampliar su significado, confiriéndole autoridad y legitimidad. He aquí la urdimbre que presidió el naciente estatuto de la ciencia de la Historia.

Voy a tomar en préstamo de Bonnie Smith⁸ consideraciones sobre ese surgimiento y evolución que a menudo escapan a los programas focalizados en Historiografía o Teoría de la Historia impartidos en nuestros ciclos de formación. En su notable libro *The Gender of History: Men, Women, and Historical Practice*, Smith sitúa el nacimiento convergente de la historia científica y profesional con el fortalecimiento de las desigualdades entre varones y mujeres en una Europa en que se asignaban atributos categóricamente diferentes. Se delimitaron como nunca antes las funciones reproductivas de las productivas, y los ordenamientos codificados atinentes a lo privado (por caso, el Código francés de 1804, que impactó fuertemente en nuestra América, aunque fue antecedido por las reformas prusianas de fines del XVIII). Estos plexos reflejaron los nuevos sentimientos e inteligibilidades sobre la “naturaleza” de la mujer.

⁷ Debemos a Norbert Elias interpretaciones sociológicas singulares respecto del movimiento que a menudo han seguido los grupos subalternos imitando las pautas de las clases dominantes. Ver Elias, op. cit.

⁸ Historiadora norteamericana, profesora en la Rutgers University, autora de una vasta obra entre las que se cuentan además de *The Gender of History: Men, Women, and Historical Practice*. Harvard UP, 1998, *The Making of the West Concise*, con Lynn Hunt, Thomas Martin, y Barbara Rosenwein, (Bedford St Martins's, 2013); *Women's Studies: The Basics* (Routledge, 2013); *Sources of Crossroads and Cultures* con Marc Van de Mierop, Richard von Glahn, y Kris Lane (Bedford St. Martins, 2012); “Europe and Russia” con Donald R. Kelley in Jerry Bentley, ed. *Oxford Companion to World History*. (Oxford University Press, 2011); “Historians” con Donald R. Kelley for Ulinka Rublak, ed., *Oxford Companion to Historical Writing*. (Oxford University Press, 2011); “Women in the Twentieth Century World” en Michael Adas, ed. *Twentieth Century World History* (Temple University Press, 2010); “Women's History: A Retrospective from the United States,” *SIGNS*, 2010; “Gender and History,” en Angelika Epple and Angelika Schaser, eds. *Gendering Historiography* (Berlin: 2009).

Durante el Antiguo Régimen, la moral aristocrática había sido mucho más permisiva con la conducta femenina, y una debo citar a Norbert Elias en su conocida obra *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*⁹

Las condiciones de posibilidad del nacimiento moderno de la Historia se correspondieron con las condiciones de posibilidad ofrecidas a los varones. Recordemos que las mujeres no tenían acceso a las universidades y que la “modernización” de los claustros significó la clausura de su participación. La enseñanza de la Historia – tal como lo revela Smith – pasó a significar una determinada selección de las vocaciones masculinas entre ciertos estratos sociales, inclinaciones que se tornaron aun más misóginas en los ciclos de preparación, y es necesario recordar que la escuela media también les estaba vedada a las jóvenes. La autora revela la densidad del imaginario que subordinaba a las mujeres, las formas despectivas con que se desautorizaba su raciocinio y las burlas de que eran objeto cuando se ponía en consideración su inteligencia. Las atmósferas de hostilidad de género eran corrientes e inundaban los ambientes escolásticos, pero lo que revela Smith es que a menudo también se expresaban fuertes rivalidades entre bandos de muchachos, de modo que los internados solían convertirse en violentos campos de batalla. La autora señala que la violencia de las relaciones masculinas pudo ser un fuerte ingrediente para aproximarles sentidos a la historia profesional que se entusiasmó con los escenarios épicos del pasado. Política y guerra fueron dimensiones de espeso andamiaje en los primeros ciclos de interés de los historiadores.

Pero hay dos aspectos que fortalecieron la trama misógina de la disciplina. En primer lugar, la necesidad incuestionable de recurrir a un nuevo medio, *el archivo*, y en segundo lugar, la habilitación de un instituto primordial de la enseñanza de la Historia durante el transcurso del XIX (y bien entrado el XX): *el seminario*. Smith desarrolla con especial lucidez la sinergia de ambos fenómenos que contribuyeron a la tajante división jerarquizada de los géneros en el oficio. El archivo, decisivo para nutrir de datos a la Historia, era un reducto relativamente nuevo – una construcción de los estados modernos, aunque bien anteceditos por archivos eclesiásticos-, al que sólo podía

⁹ Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: FCE, 1978

accederse viajando, alejándose de la casa paterna, lo que representaba una multiplicación de las amenazas tratándose de mujeres. Para los varones, el archivo tenía mucho de encantamiento y sortilegio, aunque también de tensión. Smith refiere diversos testimonios que rinden una manifiesta “fetichización” del archivo – con perdurables efectos según su perspectiva -, donde no faltaban imágenes de inquietud y hasta de zozobra por sus vericuetos intrincados, casi inescrutables. “Archives were dusty and dark; light was de enemy of old documents. Fading the ink, and extremes of temperature were also damaging”¹⁰ (Smith, 2000:119). Se trataba de sentimientos a menudo animados por la necesidad de “liberar los datos”, como se libera a una princesa del castillo donde está encerrada... Para nuestra autora, la “fetichización” del locus archivístico suscitaba también imágenes inescindibles de la sexualidad:

“As novelists were adding a richly sexual component to fetishistic themes in their work (...), so historians sheltered their commitment to documents in the lush safe-haven of sexuality fetishistic or amorous metaphors (...) Ranke’s characterization of his archival research as driven by “desire” and “lust” invoked the fundamental truth of sex, while his metaphors of princesses and virgins sheltered him in pure love”¹¹ (Smith, 2000: 124)

Más allá de las fantasías que los archivos promovieron entre los consultantes profesionales de la Historia en el XIX, se empinaba la certeza de que no era un lugar apropiado para la concurrencia de mujeres. Impedidas de asistir a cursos universitarios, como ya he señalado, menos aun se podía consentir los largos estacionamientos en los archivos. Debe recordarse que las primeras universidades que se abrieron a las mujeres fueron los de la costa-este norteamericana, y que la Universidad de Londres¹² las admitió antes que Oxford y Cambridge, centros estos que sólo lo hicieron al finalizar la década de 1860. El archivo se erguía como un impedimento más para que las mujeres pudieran consagrarse a la Historia.

¹⁰ Trad. mía: “Los archivos estaban llenos de polvo y de oscuridad, la luz era el enemigo de documentos antiguos desvanecidos por la tinta , y las temperaturas extremas eran perjudiciales ”

¹¹ Trad. mía: “ A medida que los novelistas agregaban un componente ricamente sexual a temas fetichistas en su trabajo (...), los historiadores preservaban su compromiso con los documentos en el exuberante refugio seguro de la sexualidad fetichista o de las metáforas amorosas (...) Ranke caracterizaba su investigación en los archivos como impulsado por el "deseo" y "lujuria", e invocaba la verdad fundamental de las relaciones sexuales, mientras que sus metáforas de princesas y vírgenes lo resguardaban en el amor puro ”

¹² La London University fue creada con el objetivo de garantizar mayor equidad a los varones que procedían de grupos sociales y creencias no admitidos en el sistema Oxford-Cambridge

El otro instrumento fundamental empleado en la enseñanza de la disciplina, fue el seminario. Para Smith, se trataba de un medio selectivo por parte de los profesores que reunían a un grupo de estudiantes para enriquecer la información, acentuar el punto de vista del regente de cátedra, estimular vocaciones, y – circunstancia nada menor – afianzar lazos de “capilla” y corporativos. La membresía de un seminario era sin duda deliberadamente escogida, lo que pudo significar que no pocas veces el catedrático observara la riqueza y, sobre todo, el poder de familiares y benefactores. Seguramente, como en el caso de Rank, era fundamental en un joven la sensibilidad por el conocimiento, la inteligencia y la astucia en la aplicación y el apego disciplinario. En el ambiente prusiano contó la idiosincrasia meritocrática por encima de los antecedentes de linaje y posición. Jóvenes lúcidos y esforzados fueron decisivos en la elección de las candidaturas al círculo áureo del seminario, y una vez que se ingresaba, el catedrático establecía las reglas de funcionamiento. La tradición del seminario fue central en la formación profesional, y no deja de sorprender que el instituto tuviera manifestaciones diferentes en el área prusiana, y en otros estados germánicos, a las de los medios académicos anglosajones. En los primeros, el profesor se reunía con los estudiantes en su domicilio particular, mientras que en Inglaterra y en los EEUU, la práctica “privada” de la discusión en seminario fue llevada a una esfera sin duda más pública, a un ambiente perteneciente a las propias universidades. Smith narra el estilo rankiano de conducción del seminario que producía encantamiento y reverencia. No faltaban al maestro las actitudes histriónicas y las expresiones actuadas para revelar, como un surtidor, las explicaciones, suscitando intervenciones de los muchachos que tenían el privilegio de su seminario - muchos de los cuales hicieron célebres carreras como historiadores. Desde luego, se trataba de invocaciones apasionadas para elucidar “los hechos tal como realmente fueron”, uno de los principios de su concepción. Sin embargo, y a pesar de la científicidad y objetividad con que Rank pretendía tratar los acontecimientos del pasado, retirándoles la antigua sacramentalidad y despojándolos de cualquier servidumbre partidaria, el padre de la Historia moderna mantenía fidelidad a la idea de la trascendencia divina – al final, era Dios el hilo conductor- y hacía reserva de la Política, aunque finalmente resultaba inescindible del filo de los acontecimientos. Las prácticas masculinas de la Historia fueron hegemónicas y la disciplina tuvo las características que sus oficiantes varones dispusieron. Sus concepciones y sus tópicos se configuraron en torno de sensibilidades e intelecciones patriarcales – asegura Smith –,

basados en el temor a las sensorialidades y al cuerpo, que era lo femenino, y se situaban lejos de la “vida real”. Vale la pena demorarnos en esta cita de la autora:

“ The Historical methodology articulated the femininity of the physical evidence that one looked at, in ways completely in accord with the general tendency of the modern period to sex the scientifically observed body as female. The methodology gendered history as well, since traits of the male historians recapitulated the general ideals of nineteenth -century manhood: self regulation, transparency, authenticity, and representation of universality; the need to accomplish hard work by following detailed procedures; and the priority of de calm, lucid, and disembodied mind beyond the realm of contingencies such as class, religion, race or nationality. Historical language duplicated the language of universalized masculinity - this is, masculinity functioning beyond the realm of such contingencies as gender itself”¹³ (Smith 2000: 141)

Aunque Smith no incursiona sobre el conjunto de la historiografía romántica ejercida por diversos autores, tal vez podría matizarse esta irrefutable consideración en figuras como Jules Michelet, quien se detuvo en el umbral mismo del “abismo de los sexos”. Sus alusiones a ciertas formas de la sexualidad que caracterizaban el flujo de la Historia (en todo caso empleando metáforas femeninas), sus preocupaciones con la condición de las mujeres, su recuperación de las figuras femeninas de la Revolución¹⁴, su trabajo todavía notable sobre la bruja¹⁵, podrían haber significado una alteración de la historiografía dominante. Pero como bien sabemos, si Michelet se percató de las mujeres en el torrente de la Historia, y hasta las reverenció al punto de hacerlas sujetos superiores – sí, por completo superiores a los varones!-, justamente por eso no podían ser contaminadas con las máculas de lo público. Su lugar no podía ser otro que el sagrado y recóndito hogar...¹⁶

Historiadoras en las márgenes

Aunque impedidas en gran medida de educación formal, no pocas jóvenes pertenecientes a grupos sociales mejor situados obtuvieron destrezas en lectoescritura.

¹³ Trad. mía: “La metodología histórica articuló la feminidad de la evidencia física completamente de acuerdo con la tendencia general de la época moderna, el sexo del cuerpo era observado científicamente como femenino. La metodología histórica, en manos masculinas, recapitulaba los ideales generales de hombría del siglo XIX: autorregulación, transparencia, autenticidad, y representación de la universalidad; la necesidad de lograr un trabajo duro siguiendo procedimientos detallados; y la prioridad de de calma, la lucidez, y la mente sin cuerpo más allá del reino de contingencias tales como la clase, la religión, la raza o la nacionalidad. El lenguaje histórico duplicó el idioma de la masculinidad universalizada; esto es, la masculinidad de funcionar más allá del reino de contingencias tales como el género mismo”

¹⁴ Jules Michelet, “Mujeres de la Revolución”. Madrid: Trifaldí, 2010

¹⁵ Jules Michelet, “La bruja: Un estudio de las supersticiones en la Edad Media”. Madrid: Akal, 2004

¹⁶ Jules Michelet, “La mujer”, México: FCE, 2004; “El amor”. Barcelona: Imprenta Ramirez, 1861

Por lo general, las clases medias europeas y americanas prodigaban cierto tipo de educación, no siempre casera, a las hijas. Desde luego, la carencia educativa era extendida entre las niñas y jóvenes de las clases populares, y ni hablar de las de extracción campesina. Con habilidad para la escritura y con subjetividades movilizadas, las mujeres de las familias más holgadas en recursos encontraron en la narración del pasado una vía expresiva, pero no tuvieron más remedio que ocupar las márgenes del camino de los profesionales de la Historia. Ong¹⁷ ha señalado que la narrativa, preservando la forma manuscrita – pues era muy difícil llegar a la imprenta-, pudo estar en las manos de mujeres, aunque menguaban las posibilidades de disponer de amplios públicos. Debemos reparar en que, paradójicamente, las condiciones tal vez más represoras de Inglaterra fueron un acicate para jóvenes que no se amoldaban por completo a las convenciones o que necesitaran ganarse la vida, de ahí que brotara una novelística femenina excepcional en aquel país¹⁸. La aptitud narradora llevó a muchas mujeres, en diversas latitudes, a construir tramas históricas “amateur” de acuerdo con la singular investigación de Smith quien nos propone pensar en cierta circunstancia propiciatoria de esa inclinación. Nuestra autora se refiere al impacto de lo *traumático* en la vida de la mayoría de esas mujeres, pero no sólo a circunstancias a veces devastadoras – como la muerte de un hijo, del marido o de otro ser íntimo y muy querido -, sino a los contextos personales hostiles y humillantes, cuando no abusivos, a las crisis económicas, a las guerras, que se revelaron seguramente como un desafío a la resiliencia (en términos que hoy empleamos), sorteando el drama existencial. Podría discutirse el “hecho traumático” como desencadenante para la condición femenina y para estimular la historia “amateur”¹⁹ - aunque en general sólo se piensa en los traumatismos sociales que impactan a los varones - , pero Smith nos ofrece un amplio repertorio de historiadoras “silenciosas” para los moldes profesionales de la disciplina, que hicieron un camino, en la mayoría de los casos con escaso o nulo reconocimiento de sus habilidades para construir historias. Vale la pena recordar algunos nombres de

¹⁷ Walter Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: FCE, 1987

¹⁸ Basta pensar en las figuras de Jane Austen, las hermanas Anne, Charlotte y Emily Brontë, Mary Shelley, Mary Ann Evans (George Eliot), Elizabeth Gaskell, Mary Elizabeth Braddon, Matilda Betham-Edwards, Letitia Elizabeth Landon, entre las que se destacaron por la escritura. La tradición iunglesa es remarkable en materia de plumas de mujeres, al punto que se ha consagrado a Virginia Woolf, la notable crítica de la cultura patriarcal, como la figura más importante de la Literatura de ese país

¹⁹ Dominik LaCapra, en *Historia y Memoria después de Auschwitz*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, emplea la noción de *traumático* para dar cuenta de la historiografía contemporánea, y justamente Smith encara críticamente esa perspectiva vinculada a los oficinistas masculinos.

las cerca de treinta mujeres cuyas contribuciones recoge Smith en *The gender of History*.

Resulta imprescindible, como lo hace Smith, comenzar por Germaine de Staël²⁰, una de las mujeres más controvertidas, y también de las más inteligentes y osadas que testimonió acerca del fin de ciclo del Antiguo Régimen y la expansión iluminista. Para Smith – que ha analizado también *Corinne*, emblemática novela que pone de relieve a la heroína que tanto popularidad alcanzaría al punto de ser modelo de conductas femeninas-, hay que volver la mirada sobre su obra historiográfica, *Considérations sur les principaux événements de la Révolution française*, en la que historió los acontecimientos entre 1780 y 1815. Para de Staël había un principio metodológico que se resumía en abandonar el “espíritu de partido”, pues cualquier narración sometida a este espíritu devendría en posiciones alejadas de la verdad. Véase esta frase:

«Or, quand la pensée est une fois saisie de l'esprit de parti, ce n'est pas des objets à soi, mais de soi vers les objets que partent les pressions . [. . .] et l'oeil donne la forme au lieu de recevoir l'image»²¹

Sin embargo, y tal como ha puesto de manifiesto Smith, la perspectiva de nuestra autora para narrar los acontecimientos de la Revolución – y no sólo estos - adquiere un notable significado político aunque reposa sobre sentimientos dolorosos, que dan lugar a fantasmas y espectros, convirtiéndose casi en un programa historiográfico. Aunque con certeza menos abonada por la documentación rigurosa, su interpretación sobre los actores y sus móviles fortalece la idea de la agencia política, de

²⁰ Nacida Anne Louise Germaine Necker (1766-1817), fue hija del notable banquero Jacques Necker – de origen suizo, y ministro de Luis XVI – y de Suzane Curchod, quien se empeñó en darle una educación especialmente cuidada, lo que facilitó la continuidad de uno de los más famosos salones literarios de fines del XVIII. Se casó con el embajador sueco, Barón de Staël, y tuvo tres hijos. Durante la Revolución estuvo al lado de Telleyrand, y aunque acompañó muy de cerca el ascenso de Napoleón Bonaparte, surgió una profunda enemistad. Se ha sostenido que fue a raíz de la tentativa por parte de este de ayudar a los revolucionarios suizos y que Mme. De Staël recelaba de la pérdida de sus bienes en ese país si aquellos triunfaban. También se ha sindicado el motivo de la ruptura – que obligó a nuestra mujer a salir de Francia - a las desavenencias entre Napoleón y Benjamin Constant, a la sazón, su amante. Mme. De Staël fue notablemente independiente y no reparó en vivir experiencias amorosas erráticas, lo que le significó condenas sociales implacables. Pero no fue tanto la “moral sexual” lo que buena parte de sus contemporáneos reclamaban, sino su intrepidez, capacidad de decisión y libertad de pensamiento lo que resultaba condenable.

²¹ Mme. De Staël, "De l'influence des passions sur le bonheur des individus et des nations", en *Oeuvres Complètes*, vol. I, pág. 145 Cit. por Wolfgang Bader "El pensamiento político de Mme de Staël. Contribución a una historia de la literatura comparada", p. 10. Trad: "Cuando el pensamiento está inundado del espíritu de partido, no es más objetivo, sino una manifestación subjetiva hacia los objetos, y el ojo da la forma en lugar de recibir la imagen".

la naturaleza política de los hechos, pero con un involucramiento personal que parece *corpóreo* y al servicio de sus íntimos convencimientos. Stäel participa del género amateur en una fase que es inmediatamente anterior a la profesionalización de la Historia, en un momento en que todavía los historiadores están próximos a la teología y la filología, y que la atmósfera transida de subjetividad romántica se traduce como un limbo, como “opium dreamer” – opio soñador o narcótico. Este aspecto es especialmente considerado por Smith quien elabora la tesis de que la resonancia subjetiva para determinado grupo femenino, más cerca de lo letrado y por lo tanto más alejado de las delimitaciones generizadas, se cifra en la idea del “genio”. En efecto, el talante genial se condensa en la figura de Corinne, y resultan notables los propósitos “históricos” de la novela, la emanación de sentidos de la heroica muchacha cuya saga no es contingente. La historia de Corinne se constituye como una trama trágica que da transparencia a la Historia. Para Smith hay un recorrido de Staël, como evocadora del pasado, que permite sostener el concepto de “erótica narcótica” debido a la incandescencia sensorial de lo relacional, al juego de los contrastes dramáticos, o en sus palabras:

“Thus, a deep sense the difference drove the genius historical sensibility – the sense of difference between the humbly and the mighty, the vanquished and the victors, the dead and the living. This irreconcilable disparity was not tamed by knowledge or made “real” by de convincing narrative, but was manifested in the presence of ghosts, specters, and other haunting apparitions”²² (Smith, 2000: 25)

Se trata, en todo caso, de vínculos entre “cuerpos sensibles”, de ahí que haya una regencia de lo erótico en la escritura de de Stäel y de muchas otras narradoras de su época:

“History as rhetoric, as performance, as embodied immanence fills the interstices among individuals, gluing them into a sensible unity. Bodies replace an imagines readership, a transparent citizenry, and a disappearing narrator in this still-unexamined and unique depiction of the republic”²³ (Smith, 2000: 27)

²² Trad. mía: “Por lo tanto, un sentido profundo de la diferencia condujo al genio de la sensibilidad histórica - el sentido de la diferencia entre la humilde y lo poderoso, los vencidos y los vencedores, los muertos y los vivos. Esta disparidad irreconcilable no fue domesticada por el conocimiento, que se hace "real" en la narrativa para convencer, pero que se manifiesta como presencia de fantasmas, espectros y otras apariciones inquietantes”

²³ Trad. mía: “La historia como retórica, como producción, como inmanencia encarnada, llena los intersticios entre los individuos, dándoles una unidad sensible. Los cuerpos reemplazan a un público lector imaginado, a una ciudadanía transparente, y al narrador que desaparece en esta representación aún no examinada y única de la República”

Es esta interpretación de Smith acerca del trazado erótico de la narrativa de Stäel, lo que permite la hipótesis de que el encuentro con el pasado es “corporal, posado sobre la cuasi imposible representación que se permiten las mujeres fuera de las sensaciones y emociones. Son los propios cuerpos los que se juegan en la narrativa de aquella desafiante amateur, al final una exiliada – recuérdese la expulsión de Mme. de Stäel por largo tiempo de Francia - como en alguna medida, lo son todas las mujeres en la sociedad decimonónica y mucho más acá.

Otra figura singular entre las historiadoras no profesionales que corresponden a ese primer periodo del XIX, es Mercy Otis Warren (1728-1814), a quien se debe “*History of the Rise, Progress, and Termination of the American Revolution*”. Esta obra de más de mil trescientas páginas tuvo defensores y detractores, y luego fue olvidada por la historiografía norteamericana. Mercy había escrito una suerte de libelo en 1788, a propósito del debate constitucional, *Observations on the new Constitution, and on the Federal and State Conventions* que firmó como “A Columbian Patriot” y cuya identidad reveló Catherine Macaulay un poco más tarde. Mercy escribió prolíficamente – y durante bastante tiempo con seudónimos -, pero su historia sobre la revolución norteamericana resulta especialmente focalizada por Smith, quien analiza a esta sagaz norteamericana – cuyos marido y hermanos fueron líderes de la contienda de la Independencia–, en el contexto de los horrores producidos por la guerra, un escenario de continuidades sangrientas que escapaba a la consideración masculina de los oficinantes formales de la historia y que llevaba a que amigos- como John Adams- pusiera en tela de juicio sus agudos punto de vista. El ambiente traumático de la guerra fue decisivo para la exhibición de una forma de narrar transida de subjetividad pero que pudo reparar en ciertas insensateces de la conducta humana, más allá de su propia adhesión a los principios del proceso independentista.

Entre las más destacadas historiadoras amateur de la Europa de mediados del XIX, se distingue Cristina Trivulzio (1808-1871)²⁴ – Cristina fue uno de sus tantos nombres -, hija de un holgado burgués que murió cuando era pequeña pero que muy

²⁴ Ver especialmente Ludovico Incisa e Alberica Trivulzio, *Cristina di Belgioioso*. Milano: Rusconi 1984; Arrigo Petacco, *La principessa del Nord*. Milano: Rizzoli 1992

joven obtuvo título nobiliario al casarse con el príncipe Emilio Barbiano de Belgiojoso. Todo indica que este matrimonio tuvo de hecho corta duración pero no se planteó el divorcio, ya que el príncipe -que no tenía ninguna vocación de fidelidad- comprendía que no podía cercenarse a la decidida Cristina, tal vez una punta de ruptura del modelo de masculinidad patrimonial, a la que todo indica acompañó en su particular bizarría política. En efecto Cristina ocupó un lugar destacado junto a las fuerzas liberales “carbonarias”, fue una aliada activa del mazzinismo y se distinguió por el empeño no sólo político sino también militar para expulsar de los austríacos. De modo retaliativo le fue incautada buena parte de la fortuna que disponía en Milán. Exiliada en París, adquirió reconocimiento por su militancia, mientras debía ganarse la vida haciendo costuras. En suma, Cristina Belgiojoso ocupa un lugar destacado en la escena política de ese proceso que se conoce como Il Resurgimiento, a mediados del XIX. La escritura no la abandonó nunca – debió vivir por un largo tiempo en Turquía, país del que hizo agudas observaciones- y no deja de sorprender la prolífica producción de textos, su participación como articulista en la *Revue de Deux Mondes*, y hasta como “teórica” de la historia según lo evidencia la introducción que dedicó al notable humanista Giambatista Vico, poniendo en circulación “La Science Nouvelle, Vico et ses ouvres” en 1844. Otro de sus trabajos fue “Etude sur l’histoire de la Lombardie dans les trente dernières années, ou les causes du défaut d’énergie chez les Lombards, de 1846. Se ocupó de “La vie intime et la vie nomade en Orient” en la ya citada revista francesa, en 1855, donde pudo exhibir especialmente la condición sometida de las mujeres como ocurre también en “Les montagnes du Giaour, le Harem de Mustuk-bey et les femmes turques”, texto de 1855. Belgiojoso se dedicó a indagar la vida de las mujeres también en “Della presente condizione delle donne e del loro avvenire”, en “Nuova Antologia”, que vio la luz en 1866. Belgiojoso es una de las precursoras más analizadas en la actualidad, y no caben dudas sobre su capacidad intelectual, los trazos singulares de su inteligencia y muy especialmente su coraje. Ella condujo un grupo de cerca de 300 soldados desde Nápoles a Milán para enfrentar a los austríacos – y todo indica que no es un acontecimiento mitológico-, y se ha sostenido que era su empecinada decisión y su manifiesta fuerza de carácter lo que hicieron posible ese acto militar. También sus biógrafos encuentran que no pocos varones le rendían enorme respecto, pero que difícilmente pudo sostenerse en esa función de *comandante de tropa* que azoraba a muchos contemporáneos.

Finalmente, en esta sucinta presentación de apenas algunos casos de historiadoras sin títulos, que escribieron narrativas sensibles donde se subrayan perspectivas subjetivas – pero no antojadizas –, motivadas por contextos convulsivos y por experiencias personales traumáticas, introduzco a Lydia Maria Child (1802-1880)²⁵ – su apellido paterno era Francis. Su biografía permite también asociar los cambios de época, la acentuación del camino hacia el feminismo que va desde nuestra primer narradora, de Stäel, pasando por cierta inclinación a los derechos de las mujeres exhibido por Belgiojoso, a la franca adhesión feminista de Child. Fue una de las escasas historiadoras que consiguió mayor formalidad educativa – asistió a un instituto para niñas y luego pudo asistir a cursos regulares, proceso en lo que tuvo que ver la decisión familiar y el contexto de Massachusetts, en donde se manifestaba una atmósfera propicia a la elevación de las mujeres, y Lydia pudo dar lecciones en su ciudad Medford. Junto con su marido adhirieron a la causa abolicionista desarrollando una amplia labor difusora de apoyo a la dignificación de la población negra, a la que había que liberar sin dilaciones, y sin compensación a los propietarios. Esta radicalidad sin embargo no coincidía con el punto de vista de propiciar la lucha armada contra los esclavistas, por lo que abandonó la American Anti-Slavery Society. Sus posiciones por la libertad y la dignidad de quienes eran considerados inferiores – imprescindible recordar que el *racialismo científico*²⁶ era moneda corriente- la había conducido a escribir una notable novela, *Hobomok: A Tale of Early Times* en 1824, y lo peculiar de esta narrativa se cifraba en que hacía foco en un matrimonio interracial, entre un hombre que pertenecía a una etnia americana originaria y una blanca, circunstancia casi inadmisible en su sociedad y su tiempo, aun entre los espíritus más progresistas. Una de las narraciones vinculados a procesos históricos fue *The Rebels, or Boston before the Revolution* en 1828. En 1833 apareció su célebre *An Appeal in Favor of That Class of Americans Called Africans* una vibrante apelación por la libertad de los esclavos africanos. Child

²⁵ Ver especialmente, Helene Gilbert Baer *The Heart is Like Heaven: the life of Lydia Maria Child*, University of Pennsylvania Press, 1964, Carolyn L. Karcher, *The First Woman in the Republic: A Cultural Biography of Lydia Maria Child*. Durham: Duke UP, 1994. Shirley Samuels, *The Culture of Sentiment: Race, Gender and Sentimentality in Nineteenth-Century America*. New York: Oxford UP, 1992.

²⁶ Tzvetan Todorov, “Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana”, México, Siglo XXI, 1991

fue compañera de luchas de Lucretia y Mary Weston Chapman, feministas y abolicionistas como ella misma.

Para Smith estas mujeres no pudieron ocupar la escena de la disciplina histórica. Por su condición de mujeres, y por lo tanto por un cierto horizonte de preocupaciones, percepciones y sensibilidades quedaron relegadas a las márgenes, mientras la disciplina fortaleció las reglas y procedimientos propuestos por varones ilustrados, a menudo muy eruditos, y cuyos puntos de vista resultaron dominantes.

De las narradoras amateur a las profesionales de la historia social y de las mujeres: la antecesora Eileen Power.

Entre las tesis sostenidas por Bonnie Smith en *The Gender of History*, surge que hubo una transición de gran significado entre la primera leva de las narradoras amateur – algunas de las que acabo de ocuparme – y un ciclo de “alta producción amateur” en la fase final del XIX, momento en el que surgieron también ensayistas sociólogas y antropólogas con tópicos renovadores, como dar cuenta de la situación de determinados grupos femeninos. Pero a inicios del siglo pasado toman cierto lugar las mujeres con formación y oficio de historiadoras, como ocurrió con las norteamericanas Lucy Maynard Salmon, Violet Barbour, y Nellie Neilson para citar apenas algunas.

Eileen Power (1889-1940)²⁷ fue una de las primeras profesionales destacadas de la disciplina en Inglaterra. A pesar de las graves circunstancias familiares -su padre, bastante rico, fue condenado por fraudes, y su madre murió de tuberculosis cuando era una niña -, con una de sus hermanas tuvieron el privilegio de formarse en el Girton College de Oxford (gracias a los auxilios de una tía) y debe recordarse cuánto y cómo

²⁷ En su prolífica obra se encuentran: *The Paycockes of Coggeshall* (1919); *The Unconquered Knight. A Chronicle of the Deeds of Don Pero Nino, Count of Buelna de Gamez* (1920); *Medieval English Nunneries* (1922); *Medieval People* (1924) – traducido como “Gente de la Edad Media”-, *Don Juan of Persia: A Shiah Catholic* (1926) editado con E. Denison Ross; *Boys & Girls of History* (1926) con Rhoda Power; *Cities and Their Stories, an Introduction to the Study Of European History* (1927) con Rhoda Power; *Hans Staden. The True History of His Captivity - 1557* (1928) editado con E. Denison Ross; *Hernando Cortes - Five Letters 1519-1526* (1928) editado con E. Denison Ross; *Huc & Gabet. Travels in Tartary, Thibet and China 1844-46*, George Routledge (1928, 2 volumes) ed. Eileen Power and E. Denison Ross; *More Boys & Girls of History* (1928) con Rhoda Power; *Memoirs of Lorenzo Da Ponte : Mozart's Librettist* (1929) editado con Elizabeth Drew.

dominaban las costumbres segregacionistas misóginas en aquella prestigiosa Universidad²⁸. Era una estudiante muy vivaz y de excelentes notas, y su graduación fue seguida de una formación adicional en Francia, donde confirmó su preferencia por los estudios medievales. En 1920 – recién graduada - se incorporó a la London School of Economics - fue la segunda mujer que ingresaba a esa notable casa como docente -, y en 1931 allí obtuvo el cargo de catedrática en el área de Historia. Desde 1938 y hasta su temprana muerte en 1940, fue profesora de Historia Económica en Cambridge. Fue una mujer decididamente libre en la elección de vínculos y afectos, y adhirió al feminismo que había abierto un surco singular en la sociedad inglesa, aspectos estos que concitaban especial suspicacia (y no sólo entonces). Se casó “grande” – como se decía - con Michel M. Postan, quien era su ayudante en la cátedra, y que se tornaría muy reconocido – mucho más que la propia Eileen – por sus investigaciones en economía medieval. A pesar de las contribuciones renovadas de Eileen, de los cuadros singulares de interpretación de las relaciones entre las clases y entre los sexos en diversos escenarios medievales, de la agudeza de las elucubraciones pioneras en torno de la condición de las religiosas, de la pericia en el manejo de fuentes documentales, el ambiente académico de la Historia – y los exégetas de los varones regentes de la historiografía -, le retacearon reconocimiento. Berg revela que Donald Coleman – el distinguido historiador inglés en economía – sostenía que la obra de Power era “*a cosy sort of social history, short on the analytical and strong on the picturesque*”²⁹. Natalie Zamon Davies³⁰ se ha interrogado acerca de las disimilitudes entre la recepción de Marc Bloch y la de esta medievalista con especial a los marcos fundamentales para comprender la “historia social”. Tórnase evidente que, como sostiene Smith en la obra que he focalizado, que las historiadoras como Power tributaron con la mengua de consideración – ubicadas en el segundo escalón del estatuto profesional - su condición de género. Smith va más lejos y sostiene que el imaginario de buena parte de la historiografía siglo XX – tal vez hasta mediados – también acomodó un sentido de “tercer sexo” para identificar a las profesionales de nuestro oficio.

²⁸Ver especialmente, Maxine Berg, *A Woman in History: Eileen Power, 1889-1940*. Cambridge. Cambridge University Press, 1996

²⁹ Trad. mía: “Una acogedora especie de historia social, corta en la analítica y fuerte en lo pintoresco”

³⁰ Natalie Zamon Davies, “History's two bodies” en *American Historical Review*, 93 (1988).

Me detengo en su notable *Gente de la Edad Media*³¹. Power había revelado el entrañable aspecto de la historiografía dominante por “las clases gobernantes”, y se dispuso a incorporar a campesinos – como Bodo y su mujer Ermentrude – con densidad descriptiva, desmenuzando su cotidianidad. Revela de Ermentrude:

“También ella está atareada pues es el día de pagar el tributo en aves de corral que consiste en una polla grande y cinco huevos. Deja a su hijita Hildegard al cuidado de su segundo hijo, de nueve años de edad y se encamina a la morada de una vecina que también tiene que ir a la casa grande. La vecina es una sierva y debe entregar al administrador una pieza de paño de lana que será enviada a Saint-Germain para hacer un hábito monacal. Su marido ha trabajado todo el día en los viñedos del amo, pues en este fundo por lo general los siervos cuidan de las viñas, mientras los hombres libres se ocupan de la labranza. Ermentrude y la mujer del siervo van a la casa señorial. Allí reina gran actividad, en el taller de los hombres se hayan varios diestros operarios...” (Power: 1994 :20)

La ironía del relato sobre la famosa priora de Canterbury, Mme. Eglentyne – a quien Chaucer en sus famosos “Cuentos de Canterbury” había identificado mediante “una pintura encantadora y comprensiva de la gentileza femenina” – aunque cabían las interpretaciones mordaces sobre las licencias de la vida religiosa -, se convierte en una trama formidable de las relaciones entre la religión, las mujeres y la vida social. Véase este párrafo:

“Los conventos eran un espacio bastante propicio para el *snobismo*, si bien en ellos ingresaban damas de la nobleza e hijas de burgueses ricos, nunca podían hacerlo, en cambio, las muchachas pobres y de humilde cuna. En consecuencia quizás las monjas se dijeran que, si tenían en cuenta sus agradables maneras, su carácter apacible y sus amistades aristocráticas, sería muy acertado elegir a Eglentyne para suceder a la anciana superiora cuando ella muriera. Así lo hicieron...” (Power, 1994:107)

Las monjas no eran santas, ni habían ingresado a la vida monástica por santidad sino por determinadas condiciones familiares y sociales que excluían su voluntad. Lo mismo ocurría con los varones. Power iluminó con toda suerte de trazos la trivialidad de la vida en los conventos, la familiaridad con el lenguaje procaz, la mundanalidad y hasta el autogobierno que daba lugar a toda suerte de conductas. Nuestra historiadora afirma con lucidez e ironía: “En el siglo XIV el mundo estaba lleno de peces fuera del agua”. De ese siglo es justamente es la “esposa del ménagier”, el ama de casa ideal a la que el “ménagier de Paris” (el dueño, el señor de Paris) dedicó un tratado de

³¹ Eileen Power, *Gente de la Edad Media*. Buenos Aires: EUDEBA, 1994

comportamiento. El autor era un burgués sesentón que había desposado a una quinceañera a quien se dirigió coloquialmente recordándole los mandatos fundamentales: “salvar a tu alma y confortar a tu marido”. Y aunque está plagado de indicaciones sobre la conducta recta, desde las formas domésticas a cómo salir a la calle acompañada siempre de damas sin focalizar la mirada antes circunstantes y mucho menos extraños, pasando sobre recomendaciones sobre atavíos -que no pueden ser exuberantes sino medidos-, y recomendaciones gastronómicas, el “menagier de Paris” es bastante gentil en sus admoniciones. Recuerda a su mujer que debe ser amable con él y confortarlo, y que hay tres situaciones insostenibles para el marido, a saber: “las goteras en el techo, el humo de la chimenea, y una mujer regañona” (Power, 1994: 139). Es especialmente interesante el pasaje analizado por Power respecto de las relaciones con la servidumbre femenina. La historiadora pone en evidencia datos sobre el servicio doméstico parisino del siglo XIV que muestran cierta regulación y hasta estipulación de las retribuciones. Pero al parecer, los burgueses recelaban que se tornaran las verdaderas amas de casa...

El análisis historiográfico de Power exhibe lo que era propio de las concepciones reinantes en la época:

“Durante mucho tiempo los historiadores supusieron neciamente que sólo eran material histórico los reyes, las guerras, los parlamentos y el sistema jurídico; se contentaban con las crónicas y con las leyes del Parlamento, y ni siquiera les pasaba por la imaginación ir a buscar en los polvorientos archivos episcopales los grandes libros en donde los obispos del Medioevo asentaban todas las cartas(...) Pero cuando a los historiadores se les ocurrió acudir a esas fuentes, encontraron una mina de valiosa información sobre todos los aspectos de la vida social y eclesiástica(...) Casi todo lo que vale la pena debe ser extraído como se arrancan de la roca los metales preciosos(...) y cuando ha extraído debe ahondar su corazón porque de lo contrario no lo comprendería” (Power, 1994: 92)

Desde luego, los años 1920 fueron una transición entre la historiografía imputada por Power y el empujamiento de la Historia Social, pero a menudo escapa que ella fue una avanzada en las nuevas concepciones, y hasta avizoró las relaciones de género dedicando dos textos a la cuestión de “muchachas y muchachos”. Creo que ese suelo fue el fermento, en la segunda mitad del siglo pasado, de una historiografía con nombre propio, la de las mujeres y las relaciones de género, tal como se constata en el área anglosajona y en Francia, España y Alemania, por citar influencias que han

impactado en América Latina. He sostenido que sin una historiografía “social” antecedente, ha sido difícil en nuestros países abrir el camino a los nuevos sujetos – mujeres, sujetos de sexualidad disidentes y otros excluidos-, pero ese giro ha significado también transformaciones sustantivas de la “historia social”. Pero más allá del camino andado, creo que estamos en deuda con la “historiografía” oficiada en las márgenes por las narradoras amateur, y aún por la que produjeron nuestras primeras historiadoras profesionales. No se trata sólo de un gesto reparador, podría ser un acto de singular aprendizaje